

637



BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad, Gral. Española de Librería - Barbará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO XII

APARECE LOS MARTES

NÚM 637

WHAT'S TO DO 1933

COSAS DE CHICOS

Argumento de la película del mismo
nombre, interpretada por la precoz
artista

SHIRLEY TEMPLE

EDUCATIONAL PICTURES

Distribuidor por España:

JULIO ELIAS

Calle Valencia, 213

Barcelona

REPARTO

Ketty	SHIRLEY TEMPLE
Betty	Magda Nahills
Jeff	Arthur Baccie
Johnny	A Prince

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

Dentro del colegio del pueblo de Pilsburg existía una rivalidad entre sus alumnos, o mejor dicho, se hallaban los colegiales divididos en dos grupos que se hacían una guerra a muerte. Uno de estos grupos eran los hijos de los ricos, quienes se creían con una supremacía sobre la del otro grupo formado por muchachos de familias menos acomodadas.

En el primero de ellos figuraba a la cabeza un tal Johnny Welfert, muchacho de unos diecisésis años, soberbio y engreído de la posición social de su padre y que se reía de la jefatura del grupo que encarnaba Jeff Peter, muchacho casi de la misma edad que él. Esta lucha entre los dos grupos, no solamente afectaba al elemento masculino, sino que entre las muchachas vivía también las mismas diferencias y exigían la misma distancia entre ellas y las otras compañeras de posición inferior.

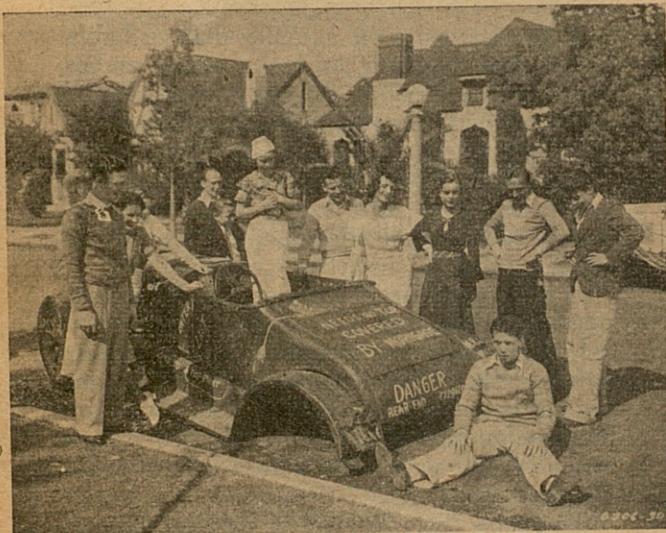
Y precisamente en aquellos días se había hecho más violenta la lucha entre ambos grupos, debido a que el cargo de presidente de la comisión de juegos había quedado vacante por ausencia del que lo desempeñaba y esto había dado lugar a que se entablase una lucha atroz entre uno y otro grupo, deseando cada uno de ellos de que el presidente elegido fuera su respectivo candidato.

Como es natural, los dos candidatos al puesto presidencial eran Johnny Welfert y Jeff Peter, los dos luchaban por conseguir aquél puesto y en el pensamiento de los dos muchachos estaba la idea que, de conseguir la presidencia, representaba un poco menos que debió ser para Napoleón la conquista de Europa.

La lucha fué encarnizada en los días que precedieron a la elección, hasta que finalmente llegó la fecha señalada. Fecha memorable para uno y otro bando, porque en ella había de demostrarse cuál era el número de partidarios con que contaba cada grupo.

Había comenzado la elección, o mejor dicho, el escrutinio de votos, y el grupo capitaneado por Johnny llevaba una considerable ventaja al otro, aun cuando todavía se seguía votando, pues muchos de los electores, por razones ineludibles, no habían podido acudir a la hora señalada para la votación.

Jeff, a medida que iban dando cuenta del



- No te apures, Jeff, todavía quedan muchos por votar.

resultado de la votación, iba también perdiendo las esperanzas de ocupar aquel puesto. Veía la distancia que había entre él y Johnny y ya se daba casi por vencido cuando Ketty, una muchacha de su misma edad, que siempre había sido su compañera inseparable, lo animó diciéndole:

—No te apures, Jeff, todavía quedan muchos por votar.

—No importa — le respondió Jeff, indi-cándole la tablilla donde aparecían el nú-mero de votos de cada partido —. Fijate qué diferencia más grande hay entre Johnny y yo.

Sin embargo, Ketty no se dió tan fácilmente por vencida, que por algo era mujer y nuevamente insistió diciéndole:

—Eso no debe importarte... No es tanta la diferencia.

Johnny desde el grupo donde estaban sus amigos, miraba irónicamente a Jeff y casi le expresaba ya su consideración por la aplastante derrota que iba a sufrir, cuando uno de sus partidarios le dijo:

—Johnny, mira a Jeff... El pobre parece que lo da todo por perdido.

—Ahora veréis qué broma le gasto -- respondió Johnny, sonriendo intencionadamen-te y acercándose a donde estaba Jeff.

Todos los que le vieron ir hacia él, creyeron que iba a dar comienzo a una de aque-las célebres batallas y se prepararon para lo que pudiera ocurrir. Sin embargo, Johnny, muy cortésmente, se dirigió a Jeff y le dijo:

—Siento mucho la derrota que estás su-friendo y, para que sea menos grande, voy a ayudarte... Votaré por ti y así tendrás un voto menos en contra.

Todos los partidarios de Johnny, que da-ban por seguro el triunfo de su candidato, se

echaron a reír y Jeff, para disimular en algo su mal humor, le respondió en un tono de broma que se advertía que era de despecho.

—Haces mal, Johnny... ¿Quién sabe si ese voto puede hacerte falta?

—Pues para que veas que yo siempre doy algo, te lo voy a regalar — terminó diciéndole.

Y, en efecto, se fué a la urna y depositó su voto en favor de Jeff, seguro de que un voto más o menos no haría variar el resultado de la elección.

Mas sucedió lo imprevisto, lo que menos podía esperarse Johnny y fué que, a partir de su voto, todas las papeletas, o casi todas las que fueron saliendo de la urna, llevaban como candidato a aquella presidencia el nombre de Jeff. La diferencia entre uno y otro iba acortándose hasta el extremo de que Johnny empezó a sentir cierta inquietud y pensó si sería posible que aquel muchacho pudiera quitarle el puesto de presidente, que tan seguro tenía.

Ketty, cada vez que aparecía un nuevo voto en favor de su amigo, daba un salto de alegría y le decía entusiasmada:

—¿Ves lo que te decía yo?... Todavía puedes ganar.

—Es muy difícil — respondió Jeff, te-

nien ahora muchas más esperanzas que al principio —. Sería un verdadero milagro.

—Todavía quedan muchas papeletas — volvió a decirle Ketty.

Siguió la elección y la diferencia entre uno y otro candidato llegó a reducirse a cinco votos. Las risas de los partidarios de Johnny fueron haciéndose cada vez menos insistentes y en el rostro de todos ellos empezaba a expresarse la inquietud de aquel cambio tan inesperado en la votación.

Al cabo de unos minutos quedó reducida la diferencia a sólo dos votos y poco después vino el empate. Tan sólo quedaba ya una sola papeleta por abrir. Aquella era la que decidía el triunfo de Johnny o de Jeff y la ansiedad de todos era como puede suponerse verdaderamente extraordinaria. Por fin se abrió la papeleta, que firmaba Johnny, y apareció en ella inscrito el nombre de Jeff, que quedó proclamado presidente por un voto.

Johnny, sin querer demostrar la menor molestia por aquella derrota, se acercó a Jeff y le dijo orgullosamente:

—Ya tienes algo más que agradecerme. Mi voto te ha dado la victoria.

—Gracias, Johnny — le respondió irónicamente Jeff —, pero no puedo tenerte agradecimiento alguno. Te creías tan seguro de tu triunfo, que me has votado para humi-

llarme más. Ya has visto el resultado... Ahora soy yo el presidente.

Los dos grupos se separaron y Jeff y Ketty, locos de contentos por la victoria obtenida, se fueron juntos hasta la casa del muchacho, en cuya puerta se separaron, diéndole Ketty:

—No te olvides de venir esta tarde. Ya sabes que es el baile en honor tuyo.

—Iré, Ketty — respondió Jeff —. Ya verás qué alegría tendrán mis padres cuando sepan que he salido triunfante.

—¿Te dejarán venir? —le preguntó Ketty.

—Claro que sí —contestó convencido Jeff. —Ellos mismos serán los que me lo propongan.

Se separaron amigablemente y Jeff entró corriendo a su casa y gritando:

—¡Mamá!... ¡Mamá!

La buena señora acudió rápidamente al encuentro de su hijo, alarmada por los gritos y le preguntó:

—¿Qué ocurre?... ¿Qué te pasa para gritar de esa forma?

—¡He ganado! —exclamó Jeff, sin saber decir otra cosa —. ¡He ganado!

—Pero ¿qué es lo que has ganado? —preguntó la buena mujer.

—He ganado la elección en el colegio. Ahora el presidente soy yo.

—Me alegro mucho — respondió ella —, pero prepárate para comer, porque tu padre estará al llegar y ya sabes que no quiere esperarse nunca.

Y la alegría de Jeff tuvo que quedar sometida a las reglas de la casa, que le imponían la misión de ir preparando la mesa, mientras llegaba el autor de sus días.

GRATIS

se le remitirá el

CATALOGO ILUSTRADO

que contiene gran variedad de
amenas publicaciones, pidiéndolo

a EDITORIAL «ALAS», Ap. 707, Barcelona

SEGUNDA PARTE

Johnny Welfert no podía avenirse a perder aquella presidencia con la resignación que parecía demostrar. Aquella derrota era casi un insulto a su personalidad y al nombre que llevaba y no hacía más que pensar en la forma de deshacerse de Jeff para poder ocupar él la presidencia.

Cuando llegó a su casa, entró al despacho donde se hallaba su padre y sorprendió una conversación telefónica que sostenía en aquellos momentos con el director de una de las compañías que presidía y le oyó decir:

—En este momento no pienso en quién pudiera desempeñar ese cargo... Se trata de salir de la población y no sé quién lo aceptaría, a pesar de su retribución... No todos están dispuestos a cambiar de residencia.

Dejó el aparato y su hijo se le acercó diciéndole:

—¿Se trata de algún buen empleo, papá?

—Sí — le contestó éste —. No pienso aho-

ra quién podría aceptarlo... Ganará bastante, pero tendrá que cambiar de residencia.

Johnny vió la forma de deshacerse de su rival. La ocasión no podía ser más propicia y le dijo:

—¿Por qué no se lo ofreces al señor Peter?... El sería el más indicado. Es un buen hombre y te lo agradecería.

Su padre, sin sospechar en qué se fundaba aquel interés de su hijo, exclamó convenido:

—Llevas razón. Peter es un buen hombre y un cargo así no le vendría mal... ¿Crees que lo aceptará?

—Yo estoy seguro de que sí... Pregúntaselo.

En aquel mismo momento llamó por teléfono al padre de Jeff, le propuso el nombramiento y, al terminar de hablar con él, le dijo a su hijo:

—¡Ya está!

—¿Ha aceptado? —preguntó Johnny, sin poder contener su alegría.

—Ya lo creo. Se ha puesto muy contento cuando se lo he ofrecido y me ha dado las gracias por haberme acordado de él. Has tenido una gran idea, muchacho.

Johnny sonrió, al mismo tiempo que interiormente pensaba en el disgusto que ila a tener su rival, cuando se interese que su padre abandonaba la ciudad y que tenía que

marcharse y dejarle a él la presidencia, que con tantos esfuerzos acababa de ganar aquella mañana.

Y en efecto, así fué. El padre de Jeff, en cuanto terminó de hablar con Welfert, se fué a su casa para comunicarle a su mujer la grata noticia, sin sospechar en el mal rato que iba hacer pasar a su hijo.

Este, ayudado por su hermanita Betty, una chiquilla de cinco años, más traviesa que un diablo y más lista que una ardilla, había preparado la mesa y sólo se esperaba al jefe de familia para empezar a comer.

Betty, mientras iba trabajando, iba haciendo rabiar a su hermano con motivo de aquella elección y le decía a su madre:

—Mamá, ¿verdad que ahora ya no tendremos que trabajar más?

—¿Por qué? — le preguntó su madre.

Betty miró de reojo a su hermano y, conteniendo la risa, le respondió:

—¿No es ahora Jeff presidente?... Pues la familia del presidente siempre tiene criados y no trabaja.

Jeff miró a su hermanita violentamente y, si no hubiera estado allí su madre, le hubiera dicho con unos cuantos azotes lo que era un presidente, pero tuvo que contenerse y aguantar las bromas de Betty, que seguía burlándose de él, hasta que llegó su padre.

Se reunieron en la mesa y el padre de Jeff les dijo:

—Nos vamos de Pilsburg.

—¿Por qué? — preguntó su mujer, sin saber la causa todavía y mientras que Jeff miraba ansiosamente a su padre como si no hubiera entendido bien lo que quería decirle.

—Pues porque me han ofrecido un buen puesto... Gano mucho más que aquí y nos iremos todos a vivir allí.

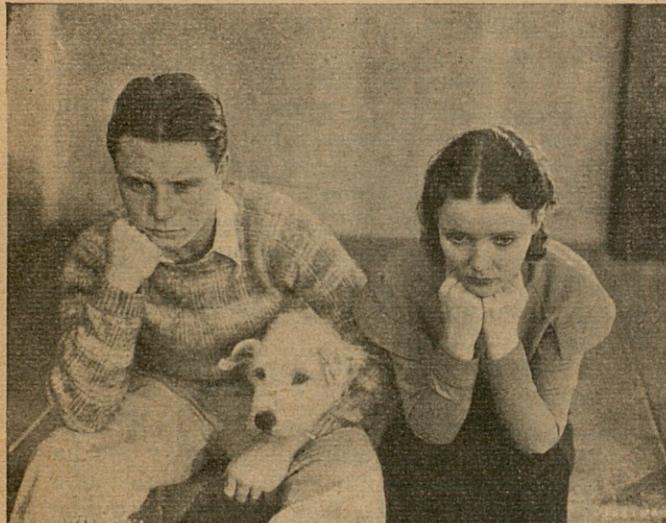
—¡Eso no puede ser! — exclamó Jeff, sin poderse contener.

Su padre le miró sin dar importancia a la interrupción de su hijo y contestó:

—¡Tú qué sabes de estas cosas!... Mi amigo Welfert se ha acordado de mí y me ha ofrecido un cargo que estaba vacante en una de sus compañías... Nos iremos en seguida.

El pobre Jeff no tuvo ni ganas de comer aquel día... Se daba cuenta de que perdía su presidencia, ganadá después de tantos sacrificios y se daba cuenta también de que todo aquello era obra de su rival Johnny para conseguir que quedase vacante el puesto y ocuparlo él.

Procuró persuadir a su padre, sin decirle el motivo que lo impulsaba a ello de que no abandonase la ciudad, pero como es natural, sus razonamientos carecían de lógica y al fin quedó convenido en que marcharía a los pocos días para ocupar aquel puesto, ya



— Ketty, yo no podré ser muchos días presidente.

que la presencia del padre de Jeff era imprescindible. Le habían dado dos días de plazo para aceptar y, si en aquel tiempo no se posesionaba del cargo, lo perdía.

Jeff se fué a la puerta de su casa, se sentó para esperar que llegase Ketty y, al poco de aparecer ésta, la dijo con infinita tristeza:

— Ketty, yo no podré ser muchos días presidente.

— ¿Por qué? — le preguntó la muchacha extrañada. — ¿Piensas abandonar el colegio?

— No es eso — le explicó Jeff —. Es que mi padre se va de aquí y yo me tendré que marchar con ellos.

Ketty miró sorprendida a su amigo y le preguntó:

— ¿Y por qué se va tu padre?

— Pues porque el padre de Johnny le ha ofrecido un empleo fuera de la localidad y él lo ha aceptado.

Ketty guardó silencio unos segundos e inmediatamente exclamó, convencida de que daba un gran razoamiento.

— También podría tu padre haberte consultado antes de haber aceptado. No se toma una resolución así, sin saber antes el parecer de la familia.

— Eso mismo le he dicho yo, pero me ha contestado que yo soy una criatura y que no me toca más camino que obedecer.

Los dos muchachos quedaron en silencio sin saber qué hablar después de aquella desastrosa noticia y Ketty fué la que rompió el silencio, diciéndole:

— No debes decir nada a nadie... Yo me encargaré de advertir a los más amigos y algo haremos para evitar que te marches.

— Todo será inútil — respondió Jeff —. Papá está decidido... Hasta creo que ya ha

aceptado y pronto abandonaremos este pueblo.

—Así y todo debes ir esta tarde al baile que se da en tu honor... Allí estará Johnny y sus amigos, y tú no debes faltar.

—No faltaré — respondió Jeff—. Iré dentro de poco y no diré nada a nadie de mi renuncia, hasta que llegue el último momento.

Betty, desde dentro de la casa, llamó a su hermano, diciéndole:

—Jeff, mamá dice que vayas a la cocina...

Jeff se levantó rápidamente. Tenía miedo de que su hermanita pudiera decir por qué le esperaban en la cocina y, antes de que pudiera hacerlo, se despidió de Ketty, prometiéndole asistir al baile que se daba aquella tarde en su honor, por haber salido triunfante en la elección.

TERCERA PARTE

Tenía razón de sobras Jeff en no querer que Ketty se enterase de lo que tenía que hacer en la cocina. El oficio que desempeñaba en ella, no era el más a propósito para un muchacho que acababa de ser elegido por sus compañeros y él procuraba ocultarlo a todos.

Betty, al verlo entrar, se acercó a él y le dijo:

—Corre... Hace tiempo que te está buscando mamá... Eso de la presidencia te hace olvidar tu obligación.

—¿Te quieres callar, cotorra? — le dijo su hermano —. Siempre te has de meter en lo que no te importa.

—Ya lo creo que me importa — le replicó ella graciosamente —. Yo soy siempre la que tiene que advertirte de lo que debes hacer... ¡Qué sería sin mí esta casa!

Su hermano ni siquiera le hizo caso y entró en la cocina donde estaba su madre, que le dijo:

—¿Cómo has tardado tanto?

—Estaba hablando con su novia — contestó Betty.

—Tú te callas — le dijo Jeff incomodado.

—Las niñas no saben esas cosas.

—Pero es verdad — insistió Betty —. Yo sé que Ketty dice que es tu novia... Todos lo dicen.

Como es natural, la madre no dió importancia a la discusión de sus hijos y señaló a Jeff todos los platos que había en la fregadera, diciéndole:

—Arregla eso mientras yo me ocupo de otras cosas.

—Hoy no puedo fregar los platos, mamá — exclamó Jeff.

Su madre le miró sorprendida y le preguntó:

—¿Qué día es hoy para que no puedas ayudarme como siempre?

—Pues es el día de mi elección — contestó Jeff creyendo que aquella sería una razón poderosísima para que su madre le exigiera de su obligación diaria.

—Déjate de tonterías — le dijo la buena mujer — y friega los platos... Yo tengo mucho quehacer por dentro... Tu hermana te ayudará.

Jeff veía que se perdía el baile de aquella tarde y volvió a insistir en su negativa diciéndole:

—Es que además se da un baile en mi honor y yo tengo que ir.

—Ya irás después de que termines... Date prisa y ya verás cómo puedes hacer las dos cosas.

Comprendió Jeff que lo mejor era acabar cuanto antes la faena para verse libre y se puso un delantal se remangó los brazos y se dispuso a fregar todos los utensilios que había servido para la comida ayudado por su hermanita.

Mas ésta, que como ya decimos era el mismo demonio, disimuladamente, cuando su hermano terminaba de limpiar un plato, ella volvía a echarlo en la fregadera y Jeff se iba dando cuenta de que más que comida parecía que en su casa se había dado un verdadero banquete por la cantidad de platos que tenía que lavar.

Mientras tanto, la radio que había en la casa empezó a tocar bailables y Jeff pensó en lo que se estarían divirtiendo en casa de Ketty lo que estarían diciendo de él por no haber podido ir.

Y, desde luego no iba descaminado en aquello. En casa de Ketty se habían reunido los alumnos y, cansados de esperar la llegada de Jeff, el mismo Johnny propuso:

—Ya que no viene el nuevo presidente, podemos bailar y divertirnos... No vamos a estar aquí como atontados.



...returnó la pelota al punto de partida y corrió nuevamente a la cama.

La propuesta fué acogida con general entusiasmo y la fiesta empezó sin que Jeff pudiera asistir a ella.

El infeliz seguía en su casa lavando y secando platos, casi poseído por un ataque de nervios, al ver que se pasaba la hora y que no llegaría a tiempo. En su afán de acabar cuanto antes recogió todos los platos de una vez y, al ir a salir de la cocina, un impru-

dente estornudo hizo que toda la vajilla rodara por el suelo.

El ruido producido alarmó a sus padres y la madre corrió a la cocina para ver qué ocurría. Mas no necesitó llegar a ella, porque Betty ya había ido a dar la noticia, diciéndoles:

—Jeff ha roto todos los platos... Me parece que esta noche tendremos que comer en las cazuelas.

El padre de Jeff dió un puñetazo en la mesa y exclamó:

—Ese endemoniado muchacho se ha vuelto loco con lo de la presidencia, pero ya verás cómo yo se lo quito.

Y, sin esperar a más, lo hizo venir al comedor, donde le dió unos azotes y le ordenó:

—En castigo te irás a la cama!

A Jeff le importaba ya todo lo mismo. Después de lo pasado aquella tarde, después de no haber podido ir a casa de Ketty para asistir al baile, lo mismo le daba ir a la cama que morirse... Su honor había quedado por los suelos y él era antes que nada un muchacho de un honor extraordinario.

Se acostó sin comer, pensando en la explicación que daría al día siguiente a sus amigos y desde su cama, que estaba en una habitación del piso bajo, oyó las risas de los muchachos que se acercaban al campo de pe-

lota, que estaba precisamente debajo de la ventana de su habitación.

Se acordó entonces de que aquella tarde se celebraba el campeonato de pelota entre los dos partidos, el de él y el de Johnny. Si él hubiera podido salir, el triunfo estaba descontado, porque no había en todo el colegio quien fuera capaz de hacerle frente, tanto en la fuerza para arrojar la pelota como en la ligereza para recogerla y volverla a colocar en el sitio donde le había tirado.

Pero, a pesar de todo el cariño que tenía a su partido comprendió que no tenía más remedio que aguantarse y quedarse en la cama, sin poder ayudar a los suyos, que sin su concurso estaban predispuestos a perder. No habría salvación posible, a menos que algo imprevisto viniera a ayudarlos.

Desde la misma cama los veía jugar y se iba convenciendo de lo difícil que era que ganasen. Johnny apretaba como un desesperado y no dejaba respirar a sus contrarios. Los tantos iban apuntándose los contrarios y la pobre Ketty, que era la más entusiasta de su grupo, se desesperaba al ver que perdían el campeonato.

Decidida a todo, se acercó a la casa de Jeff y, al verlo en la cama, le reprochó su conducta, diciéndole:

—¿Cómo no has ido al baile?

—No he podido — respondió el mucha-

cho, hablando con ella desde la ventana, ya que ésta estaba tan baja que era facilísimo bajar o subir por ella a la casa.

—¿Qué te ha ocurrido para no poder ir? —preguntó otra vez Ketty.

—La culpa ha sido de mi hermanita — le confesó Jeff —. Además papá se ha incomodado conmigo y me ha hecho acostar sin cenar. ¿Cómo va el partido? —preguntó.

—Muy mal — repuso Ketty —. Si tú no nos ayudas lo tenemos perdido por completo.

—Pero yo no puedo — exclamó él —. Yo no puedo jugar así.

—Pues entonces podrás decir que el primer día de tu presidencia ha sido desplorable para los nuestros... Todos tenían gran fe en ti y ya ves cómo les pagas.

CUARTA PARTE

Jeff se hallaba en la situación más difícil de su vida. Comprendía la razón que tenía Betty para expresarse así, pero comprendía también que, si salía y su padre se enteraba, le iba a sacudir más que a una estera. Luchaba en aquellos momentos entre su deber de compañero y la obediencia que debía a sus padres. Una gran ovación que se oyó en aquel momento le hizo exclamar:

—¿Son los nuestros?

—Son los otros que han hecho un tanto más — respondió Ketty.

Jeff no pudo contenerse y con la misma camisa de dormir que llevaba, saltó por la ventana, cogió la pelota y la lanzó con furia, ante la extrañeza de todos, que no se dieron cuenta en el primer momento de qué se trataba. Antes de que su adversario pudiera reponerse de su sorpresa, echó a correr tras



- A este médico le voy a inutilizar yo.

la pelota, se volvió a apoderar de ella, la retornó al punto de partida y corrió nuevamente a la cama.

Tuvo la suerte de que no había hecho más que llegar, cuando su madre le entró la cena, aparentando que desobedecía las órdenes de su marido. Al oír jadear a su hijo y sin adivinar que era efecto de la carrera que había

dado, le puso la mano en la frente y exclamó alarmada al verla llena de sudor.

—¿No te encuentras bien?

Jeff movió la cabeza negativamente... La respiración por el esfuerzo realizado no le dejaba ni hablar y su madre, alarmada por aquello, fué en busca de su padre para que viese cómo estaba Jeff.

Durante esta ausencia tuvo lugar Jeff de volver otra jugada y, como es natural, cuando llegó su padre, estaba todavía más sudoroso y más jadeante. Le puso la mano en la frente y exclamó:

—Este muchacho tiene una fiebre enorme... Hay que llamar a un médico.

Le puso el termómetro en la boca y salió para llamar por teléfono un facultativo que viniese en auxilio de su hijo:

Mientras que su padre llamaba por teléfono, le tocó el turno otra vez a Jeff con el termómetro en la boca y todo saltó de la cama y nuevamente hizo la jugada. Como es de suponer, cuando su padre volvió a entrar, lo encontró aún más caluroso.

Pero mientras que Jeff corría, Betty le dijo a la amiga de su hermano que su padre había llamado a un médico y entonces a la pequeña se le ocurrió una gran idea para dejar sin efecto la marcha del padre de Jeff.

La puso en práctica y poco después se presentó un doctor más largo que un día sin

pan, que auscultó detenidamente al enfermo y le dijo al padre del muchacho:

—Esto está muy mal... Su hijo no podrá salir de aquí lo menos hasta dentro de un mes, de lo contrario sé moriría.

La impresión era tan real, que se necesitaba toda la perspicacia de la chiquilla para darse cuenta del engaño. El que hablaba lo hacía en términos tan contundentes, que nadie hubiera dudado de que se trataba de un verdadero médico.

Betty sonrió interiormente y se dijo:

—A este médico lo voy a inutilizar yo.

El único que no tenía conocimiento de la comedia que se estaba representando era el propio Jeff, que miraba asustado a aquel médico quien no paraba de hacer pronósticos sobre su enfermedad, augurándole todos los males imaginables.

El pobre muchacho empezaba ya a sentirse verdaderamente enfermo. Notaba que le dolía el costado, tenía una fuerte presión en las venas de la frente, el pecho le parecía silbar y conforme el presunto galeno iba preguntándole detalles sobre su imaginaria enfermedad, Jeff iba sintiendo todos aquellos efectos que le decía.

La madre se hallaba también angustiada y hasta llegó a pensar de que la enfermedad de su hijo pudiera muy bien sobrevenir del dis-

gusto experimentado aquella tarde por no haberlo dejado salir.

Con el interés propio de toda madre que sabe a su hijo tan grave, como creía que estaba Jeff le preguntó al médico.

—¿Cree usted que tardará mucho en curar?

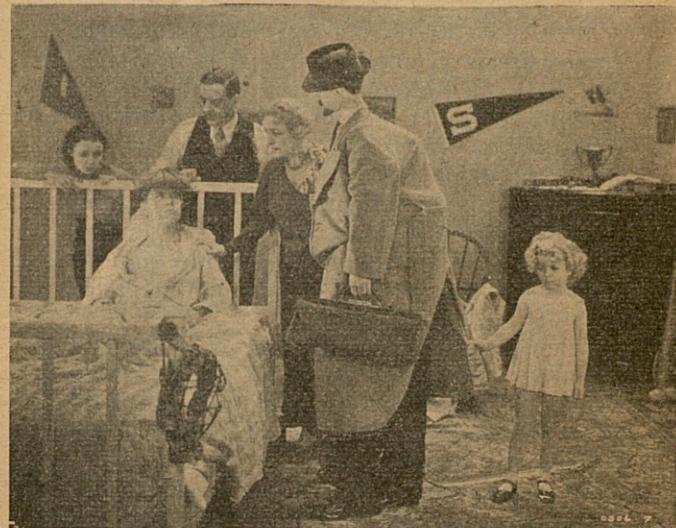
—Eso depende del procedimiento a que se le someta — respondió el médico.

—¿Y qué es lo que nos aconseja usted que hagamos? — preguntó otra vez la buena mujer.

—Antes que nada, procuren que su hijo no cambie de clima. Un cambio rápido podría serle fatal. Hay que dejarlo que respire el mismo aire que hasta ahora ha respirado y sobre todo mucho ejercicio... No deben tenerlo encerrado en casa por nada, ni por ninguna causa.

Betty oía las explicaciones del médico y se daba cuenta de que todo aquello era un plan meditado para alamar a sus padres y que Jeff pudiera hacer lo que le diera la gana.

¡Ah!, pero para algo estaba allí... Para algo se había dado cuenta del engaño y era preciso darles un susto o hacer algo que los dos muchachos sufrieran el castigo que se merecían. Pensando en lo que haría, dió al fin con la idea y con la misma rapidez del pensamiento corrió a ponerla en práctica, para demostrar a aquellos dos frescos, que



...Betty con una aguja de hacer calcetas, pinchó a uno de ellos y el resultado fué maravilloso.

por muy sagaces que fueran más lo era ella, y que si habían conseguido engañar a sus padres no la engañaban a ella tan fácilmente.

En vista de aquella orden facultativa, el padre de Jeff decidió comunicar al de Johnny su negativa en aceptar el empleo ofrecido y así se lo comunicó por teléfono.

Pero a Betty no era tan fácil engañarla como parecía y, mientras que el médico auscultaba a su hermano, se dió cuenta de que aquello no era un hombre ni mucho menos, sino que un muchacho se había subido en los hombres de otro y se había tapado con un largo paletón y cubierto el rostro de uno de ellos con unas largas barbas. De esta forma daban la impresión de ser un hombre solo y habían conseguido engañar al padre de Jeff.

Mientras éste hablaba con el padre de Johnny, desecharndo la oferta que le había hecho del empleo, Betty con una aguja de hacer calcetas pinchó a uno de ellos y el resultado fué maravilloso.

El muchacho a quien le había clavado la aguja, dió un salto y dejó caer al que llevaba sobre los hombres, descubriendo toda la superchería. Al verse descubiertos, echaron a correr antes de que el padre de Jeff pudiera darles el merecido a que se habían hecho acreedores.

Precisamente en aquel momento volvía él de telefonear y, al ver correr a los dos muchachos, preguntó a su esposa:

—¿Qué ha ocurrido aquí?

La buena mujer, riendo a más no poder por la ocurrencia de los muchachos, le respondió:

—Nada, cosas de chicos.

Y le refirió en pocas palabras todo lo que había ocurrido.

En principio como es natural, el padre del presunto enfermo se indignó hasta el punto de prepararse a dar unos azotes a quien de tal forma se había burlado de su buena fe, pero su mujer se interpuso, diciéndole:

—Después de todo, me alegro que haya pasado así... A mí tampoco me gustaba la idea de marcharme de aquí.

La cosa no pasó a mayores y Jeff pudo seguir siendo el presidente del equipo del colegio, con gran contento de Betty, que desde aquel día fué su compañera inseparable en el colegio, en los juegos y en el paseo.

FIN

Italia y Abisinia

NOTICIARIO

semanal e ilustrado
del conflicto latente
y sensacional que
apasiona al mundo
::: entero :::

Precio:

25 cts. cuaderno

16 páginas de texto
Portada a todo color

Fotografías
"KEYSTONE"
recibidas por avión

Números publicados.

1. MUSSOLINI.
2. EL NEGUS.
3. CONSEJO DE LA SOCIEDAD DE NACIONES.
4. LAS FUERZAS I. ICAS ITALIANAS.
5. CHOQUE DE LAS FUERZAS DE ITALIA Y ETIOPIA.
6. DESPUES DE LA TOMA DE ADUA.
7. AUMENTA LA RESISTENCIA DE LAS FUERZAS ABISINIAS.
8. EL EJERCITO ITALIANO ABANDONA LAS PLAZAS CONQUISTADAS.
9. ¿QUIEN DESENCADENARA LA OFENSIVA?
10. LA TERCERA PROPOSICION DE PAZ.
11. LA OFENSIVA ABISINIA.

=====

¡SENSACIONAL!

NO DEJE DE LEER

EL NEGUS DE ABISINIA

Narración documental e ilustrada, refiriendo
costumbres, usos, religión, tradiciones, gobier-
nos, la esclavitud, grado de civilización, etc.

Edición popular **Precio 60 céntimos**

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del im-
porte en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado.
Franqueo gratis.

46
SHIRLEY TEMPLE
LA MUÑEQUITA DEL CINEMA

NO DEJES DE LEER
las novelas de mis películas que
aparecen en

BIBLIOTECA FILMS
La más antigua
novela cinematográfica

Tomos a 25 céntimos

El beso de la gloria
~~X~~ *K. O. técnico*
Amnésia efervescente
El debut de Kreta Karabo
La caravana del Orégano

En prensa:

Tarzán de los micos

EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS

Tomo: UNA peseta

Dejada en prenda

PEDIDOS A

Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona
Servimos números sueltos y colecciones completas
previo envío del importe en sellos de correo. Remitan
cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

